



MISCELÁNEA DE INVENCIONES BREVES

Alejandro Flores Ramírez







Proyecto Almendra

Miguel Ángel Galván Panzi, coordinador del proyecto

Edición Édgar Roberto Mena López

Consejo editorial Nancy Mora Canchola,

Alejandro Espinosa Gaona, Alejandro Baca

Dirección de arte y diseño Carolina Fernández Mendoza

Arte de portada Aitch

Viñetas Dulce Caballero Ruíz

Proyecto PB 402015

Departamento de Comunicación, Proyectos Editoriales,

Departamento de Impresiones de CCH Naucalpan.

Calzada de Los Remedios 10, Colonia Los Remedios,

Naucalpan, México, CP 53400

Miscelánea de invenciones breves

Primera edición, diciembre 2016.

© Alejandro Flores Ramírez

© 2016, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,

CP 045010, México, Distrito Federal.

“Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales”.

Impreso y hecho en México



MISCELÁNEA DE INVENCIONES **BREVES**

Alejandro Flores Ramírez

P R O Y E C T O

Almendra

PRESENTACIÓN HORMIGA

A LA HORA de trapear una de las cosas que más procuro es hacerlo con mucho cuidado cuando me acerco a las paredes, pues es en ese lugar donde las hormiguitas de mi casa vienen y van sobre una carretera invisible, pero bien definida. Además del respeto y cariño que tengo hacia cualquier forma de vida, lo hago también por precaución, pues ha corrido el rumor entre las hormigas (sí, puedo escucharlas y entenderlas) de que la reina de la colonia visitará mi casa dentro de poco. Como cada una de esas pequeñas criaturas es hija de Doña Hormiga, si acaso una muriera bajo el peso y la humedad de la jerga desgastada que uso para trapear, me costaría la cabeza. Así es, la reina mandaría que me decapitaran y todas las hormigas en un radio de veinte kilómetros a la redonda acudirían para formar parte del festín. (Aunque no quiera jactarme de esto, dicen por ahí que las hormigas tienen un especial gusto por las cabezas de quienes escriben, y es que aún tengo muchas cosas que escribir como para ser devorado tan pronto en la vida).

RODRIGO

—ESCUCHA ESTO, no me lo vas a creer —dijo de repente, así como aparecen las estrellas fugaces en el firmamento o estallan los fuegos pirotécnicos y lo dejan a uno anhelando ver otra brillante explosión. ¡Qué cosas pasan cuando uno menos se lo espera! O cuando uno menos se lo merece.

Lo conocí aquella misma tarde. Para serles sincero, debo admitir que el día no prometía nada maravilloso, sólo la misma rutina de siempre, las mismas trayectorias recorridas una y otra vez. Quizá lo único inusual fue el frío durante la madrugada, al despertar, pero eso no hizo otra cosa que disminuir mis expectativas de un... ¿acaso dije expectativas? Bueno, que el frío alimentaba mi aparente pesimismo.

En la escuela me escurrí de un salón al siguiente como se deslizan las hojas marchitas arrastradas por la corriente de un río. Eso sí, puse mucha atención a cada uno de mis profesores porque me gusta descubrir, entre las clases que con increíble frecuencia me aburren, algo como un destello en la oscuridad. ¿Han visto alguna vez las luciérnagas que se pasean por la noche sobre los campos frescos más allá de los límites de la ciudad? De

vez en cuando se escucha algo así en el salón de clases, frases cuya naturaleza es luz, no sonido.

Salí pronto y tomé el camión a casa con premura. Una vez sentado pude observar, a través de la ventana, a la dichosa Ximena. ¡Si supieran cuánto me gusta! Apenas unos días antes se había cortado el cabello de una manera tan bonita que, cuando la vi, por poco se me revienta el corazón, se los juro. Los mechones le caían a ambos lados del rostro ligeramente por encima del cuello excitante y un fleco recto le enmarcaba los ojos negro azabache, las mejillas alborozadas y los labios como ningunos otros he visto en mi vida. Caminé y pasó de largo, ocupada en una conversación que mantenía con sus amigas. Yo la veía sonreír distraída. Esa misma expresión se reprodujo en mis labios sin darme cuenta hasta que la perdí de vista y, ahora con un nuevo enfoque, me descubrí reflejado en el cristal que nos separaba. Qué estúpido rostro el mío cuando sonrío. Mi boca recuperó su habitual seriedad enseguida y en el estómago me dolió saber que soy incapaz de hablar con ella. Menos mal que no falta mucho para salir de la escuela y entonces, cuando ya nunca más la vea, puede que me sienta mejor. Es una vana esperanza que tengo.

En fin, me puse los audífonos en los oídos y me abandoné al ritmo de cualquier canción con el deseo de

no seguir pensando en mi desdicha. Vaya importancia que le doy a los asuntos como esos, no puedo evitarlo. Pese a todo, fue a partir de ese momento cuando el día se puso interesante. Pocos minutos pasaron hasta que, justo en donde se encuentra una pequeña escuela secundaria con las bardas pintadas de amarillo, un joven muy peculiar abordó el camión. Se plantó en medio del pasillo con una guitarra en sus manos y no pude sino detener mi música para escucharle. Tenía una pinta de rockero espectacular, yo siempre había querido verme así: la ropa raída y el cabello descuidado. No importándole la actitud indiferente de muchos de los pasajeros, comenzó a hablar con una voz tan débil que me costó trabajo comprender sus palabras. Dijo que tocaría un par de canciones y se iría, sólo eso. Puso la mano sobre el mástil de su mujer —la guitarra—, acercó a sus dientes una armónica que tenía en un soporte sobre el cuello y comenzó la interpretación al mismo tiempo que el chofer pisaba el acelerador. No es por nada, pero la escena fue en principio de lo más graciosa. En vez de cantar y tocar con fuerza, como se supone uno debe hacer en tales casos, de su figura se desprendía un zumbido confuso superado por completo por el estruendo del motor. ¡Lo hubieran visto, parecía que hacía mímica! Terminó la primera canción agradeciendo nuestro interés —el



interés de unos cuantos— antes de recomenzar. Él no estaba inquieto, se los aseguro, pero qué forma tenía de hablar, ¡ja ja! Me recordaba a uno de esos perritos nerviosos, los que tiemblan sin poder resistir siquiera. Tras el final de su segundo tema recorrió el camión de cabo a rabo pidiendo cualquier cosa que nuestra voluntad le otorgara. Cuando pasó a mi lado, como llevado por un impulso irresistible, lo miré a los ojos y, medio en broma, medio en serio, le dije mientras le estiraba un par de monedas:

—Tocas bastante bien, hermano, y quería preguntarte si de casualidad podríamos hablar un rato.

Era un tipo fenomenal, no me cabe la menor duda. Lo supe desde el instante en que accedió a charlar conmigo, pues otra persona en su lugar o se habría negado mirándome con una mezcla de desconfianza y sorpresa o no se hubiera molestado en responder. Un par de cuadras adelante los dos descendimos sobre el negro asfalto de la carretera y Rodrigo, que así dijo llamarse, encendió un cigarrillo. Yo no fumo, no me gusta. Tampoco me mostré incómodo. Imagínense que, por encima de todo, me pongo exigente.

Quise hablarle acerca de lo solo que me sentía esa tarde en particular y disculparme por mi extraño comportamiento, pero no fue necesario. Es un problema



mío ese de preocuparme tanto por cuestiones vacías y de sentirme culpable hasta de la más mínima tontería. Con su mirada amable y su actitud sosegada me hizo saber que no necesitaba explicaciones y que, de alguna manera, comprendía lo que pasaba dentro de mi cabeza. Por otra parte, no me gusta mostrarme vulnerable hacia los demás. Tengo suficiente con saberlo yo mismo.

Nos sentamos aquí o allá y hablamos largamente de música y de libros. Él prefería a Queen y yo leía a Poe; a mí me vuelve loco Led Zeppelin, le dije, y él me respondió, ya sin el anterior temblor al hablar, que su autor favorito era Monterroso.

—Sólo he leído uno de sus cuentos —exclamó con una carcajada—: El dinosaurio. Es maravilloso, ¿no crees?

—¡Maravilloso es poco! —respondí riendo también.

El tiempo corrió veloz y, una vez agotadas nuestras palabras, nos callamos varios minutos. Tenía mucho tiempo que no hablaba con nadie de esa manera, mucho tiempo que no reía de forma sincera. Sentí una extraña tranquilidad en ese momento, no sé cómo decirlo. El muchas veces aplastante silencio entre dos personas no pesaba sobre nosotros y la inusual compañía de Rodrigo resultaba en verdad reconfortante. Parecía el reencuentro de dos viejos amigos que casi habían olvidado su amistad con el paso de los años. Mientras dis-

traía mi mente en estos pensamientos miré los zapatos de mi nuevo compañero. Estaban desgastados, sucios y rotos como algunas calles de la ciudad, como muchas vidas, como muchos días. Y, al igual que esas calles, vidas y días, seguro tenían mil historias que contar.

—Escucha esto, no me lo vas a creer —leyó mi mente y dudó un instante. Me olvidé de los zapatos para observar su rostro alerta, sus manos un poco inquietas, sus ojos vivos—. Mi padre habló conmigo ayer. No sabes la felicidad que sentí, no sabes...

—¿Tu padre? —me atreví a interrumpir. No fue poco lo que me avergoncé de hacerlo, pues él hablaba con tal solemnidad que sentí que el asunto era algo muy importante y, sin exagerar, hasta comenzaron a sudarme las manos. Nunca antes había yo estado en una conversación así, no me lo esperaba. Y es que uno no llega con alguien que acaba de conocer hace un par de horas para decirle sobre su vida íntima, personal. Estoy seguro de que hablaba para sí mismo cuando yo me convertí en un testigo importuno.

—Es verdad, qué tonto soy, ¿cómo podrías saberlo? —se disculpó con una mueca divertida al notar mi desconcierto—. Tengo la necesidad de sacar algo que llevo dentro y me lastima. De la nada me nació la idea de que a ti puedo contártelo.

—Te escucho —respondí entre temor y arrepentimiento con una convicción que desconocía en mi propia persona.

Rodrigo comenzó el relato:

“Mis padres están locos. Y no lo digo porque sí, cualquiera podría decir lo mismo. Me refiero a que son locos de esos que deberían estar en algún lugar para ser tratados, de los que no están bien. Uno los ve y siente lástima. Yo notaba los pequeños cambios en sus conductas y se los decía una y otra vez: “mamá, deberías hacer x o dejar de hacer q” y ella no escuchaba; “papá, ¿qué te pasa últimamente?” y él no respondía. No anticipaba yo el trágico desenlace, no fui capaz de ver el borde del despeñadero. Mucho menos pude evitar la caída. Es a causa de esta locura suya que desde hace más de dos meses ninguno de los dos me dirigía la palabra y mucho menos se la dirigían el uno al otro.

Mi madre padece de una manía rarísima. A mí me pone en exceso triste verla todos los días sin medios a mi alcance para ayudarle. Se la pasa toda la tarde frente al televisor viendo las noticias hasta que anochece y se decide a dormir. Podrías pensar que todo el mundo hace eso, que no hay nada malo en ello y tendrías razón. Sucede que no conoces a mi madre. Desde que contrató un sistema de cable especial hace medio año comenzó

a ver, al principio con escasa regularidad, los noticieros correspondientes a las 15:00 cuando el reloj marcaba ya las 16:00. Quizá conozcas el servicio, es ése que te permite ver los canales 1 hora, 2 horas, 3 horas, etc. Dado que ella estaba muy a menudo ocupada durante la mañana hasta después de las dos, dicha oportunidad le sentó como no tienes idea, le era imposible ocultar su fascinación. No obstante, por el mismo hecho de saber que siempre tendría tiempo para ver un determinado programa horas después, el asunto comenzó a írsele de las manos. Una tarde que se anunciaba en la sección del clima “vientos fuertes y cielo nublado la mayor parte del día” yo me quedé perplejo. Venía de estar sentado en el patio y sabía que el sol brillaba con un esplendor engeguedor, el cielo estaba azul a más no poder.

—¿Qué cosas dice esa mujer en la tele, madre? ¿Acaso no tiene ojos en el rostro, eh? ¿Se le habrá perdido un tornillo?

—¡Shhhht! Guarda silencio —me ordenó—. Estas son las noticias de hace tres días.

¡Menudo absurdo ese de ver las noticias de hace tanto tiempo! En el otro lado está mi padre. Trabajó toda su vida como empleado en una empresa que le ofrecía un trabajo bien pagado aunque, eso sí, muy rutinario, aburrido sin comparación. Terminó con el espíritu roto,

mas nunca se percató de ello. Una vez jubilado pensó con desconsuelo que sólo el trabajo llenaba su vida. Se la pasó muy mal varias semanas. Echado en el sillón, no sabía si leer el periódico, lavar el coche por cuarta vez en el día o barrer el patio. Caminaba de un lado a otro sin poder estar tranquilo, igual que un animal encerrado en las celdas de un zoológico. Cuando de plano no podía más, salía con sus amigos a beber unos tragos. Estoy seguro de que ni siquiera los disfrutaba.

Y un buen día, de la noche a la mañana, comenzó a desmenuzar las largas horas en pasatiempos de lo más raros. Durante todo un mes contó pasto por pasto del verde tapete que es nuestro jardín. Para no perder la cuenta, marcaba cada hojita con un plumón de color. Me daba no sé qué verlo tan empecinado en su tarea, pero al menos parecía contento. Al final, muy satisfecho, llegó con las manos llenas de tierra y me dijo que había un total de 15874 hierbitas en todo el jardín. ¡15874! En otra ocasión se decidió a escribir un cuento entero utilizando sólo caracteres de esa sopa que tiene letras en vez de fideos. Resulta sensato pensar que escribió una cuartilla o dos, algo que quizá resultara divertido la mayor parte del tiempo. Pues no, mi padre escribió treinta inmensas hojas. ¡Si te contara cuántas veces a la semana tuve que verle preparar esa asquerosa sopa! No quiero ni recordarlo.

Todo empeoró cuando murió el abuelo. Estaba enfermo e internado hacía ya un año y casi había muerto en dos ocasiones durante ese periodo. Los médicos se encargaron de mantener vivas nuestras esperanzas; la realidad se encargó de despedazarlas. La noche de su muerte acompañé a mis padres al hospital. Mi padre era su único hijo y mi madre, de cuyo padre recordaba con dificultad alguna que otra borrosa imagen carente de sentido, vio en él no sólo un suegro, sino un amigo. Nunca los había notado tan tristes. Ya sabes cómo son muchos adultos que no dejan que los veas llorar, mas resultaba inevitable darse cuenta de lo que sufrían. Casi no los reconocía con el cuerpo tan destruido y el semblante en ruinas. Regresamos a la casa por la noche, en medio de la lluvia y sin mediar palabra. Así siguieron muchos días hasta que ellos regresaron a sus antiguos menesteres. Empero, era visible a kilómetros que algo se había retorcido y modificado en sus entrañas.

Mi madre fue de mal en peor a partir de entonces, su caída se desenfrenó. Las noticias eran su único alivio y comenzó a no hacer otra cosa más que ver la televisión. Esta misma mañana, cuando salí de casa, me acerqué a despedirme de ella. Le dije que trabajaría un rato, que volvería por la noche. No me hizo caso. Para ella soy un fantasma en mi casa, un hombre invisible, no exis-

to ahí dentro. Sus ojos hipnotizados miraban, fijos en la fría pantalla, el noticiero “240 horas”. La parte más dura es saber algo de lo que ella aún no se ha enterado y tener que callarlo soportando un enorme nudo en la garganta, pues a nadie presta atención. Hace una semana falleció también Juan Roberto Zepeda, su artista favorito. Era uno de esos hombres viejísimos que cantan canciones amorosas conocidas por todos. Mi madre no lo sabrá sino hasta dentro de tres días. Saldrá corriendo por la puerta ahogándose en llanto y buscando el lugar del sepelio. No encontrará nada además de comentarios ásperos y burlas. Se le creará demente y le romperán el corazón. Le romperán el fracturado corazón en cachitos todavía más pequeños...”

Aquí tuve miedo. A Rodrigo se le cortó la voz y su mirada, antes llena de ímpetu, se mostraba ahora perdida y como sin poder encontrar algo de lo qué sostenerse. Su cuerpo todo parecía una laminita de cristal que podría quebrarse por completo al menor roce y en el estómago sentí por él aquello que antes había sentido por ser incapaz de hablar con Ximena. Sin embargo, no se trataba en esta ocasión de nada tonto ni vacío. Se trataba de algo serio. Pronto se sacudió de su ensimismamiento y, con una máscara despreocupada sobre los músculos angustiados de la cara, prosiguió la narración

como si ni siquiera se hubiera detenido.

“Con mi papá pasó algo similar, si bien menos duro. Abandonó por completo la poca poesía de algunos de sus pasatiempos, como el de contar todas las estrellas que pudiera en el firmamento noche tras noche, por las más dolorosas insensateces. Sacó de quien sabe dónde una bolsa llena de la correspondencia mantenida entre mis dos abuelos cuando ambos aún eran jóvenes. Tier-nas cartas de novios en su mayoría y alguna que otra misiva con motivos varios. Él abandonó las frescas hierbas cubiertas por el rocío del amanecer y las reemplazó por horas de amarga lectura. Imaginaba la relación de sus padres como un cuento romántico para mantenerlos vivos como permanecen así los personajes en las páginas de un libro. Y, al hacerlo, sollozaba a escondidas. Yo creo que ese tormento fue el que, lágrima por lágrima, le abrió los ojos. Descubrió en algún instante que, mientras él se inventaba historias un amor vivido y disfrutado en su momento, muerto ya pero palpable en la memoria, el suyo propio hacia mi madre apenas existía. Apenas era algo, si es que algo era.

— Rodrigo, ¿cómo estás? —me dijo anoche. Me revolví en la cama como atravesado por un rayo y no pude responder—. Disculpa si te asusté. Sólo quería asegurarme de que te encontraras bien. Hace mucho que no

distingo entre el día o la noche y que el tiempo me hace travesuras, se divierte jugando conmigo. Han pasado dos meses desde que se nos fue el viejo y yo siento que aún podría llamarle por teléfono. El muy desgraciado esperarí­a hasta que me hubiera cansado de marcar y, justo antes de yo desistir, responderí­a: “Bueno, ¿quién es?”, como si no supiera que somos los ú­nicos a quienes tiene para hablar. Cómo extraño eso, en serio. Te he descuidado de un modo imperdonable, hijo mío, y te pido mi disculpas. Pero cómo extraño al maldito viejo... —y, no queriendo yo que me diera explicaciones, corrí a abrazarlo sin más. Mis brazos parecían mantener unido ese cuerpo de arena presto a desmoronarse—.

Al final dijo que intentaría hablar con mi madre, a ver si lo escucha, que quizá podrí­a arrancarle unas palabras. Yo me conformo con las de él. Si mi madre hablara, tal vez las cosas irían mejor después de tantas penumbras, de tanto abismo. Sin embargo, no necesito más. Desperté al fin de ser un fantasma y tom color mi carne invisible. Y con esta carne pude sostener la guitarra de nuevo y salir de casa a sentirme vivo, a ganarme la vida no con monedas, sino con emociones. No desdeño el dinero porque lo necesito, mas sin la emoción de tocar yo me muero”.

Eso fue todo lo que dijo. Llmenme adulto prematuro

si desean, pero llorar esas lágrimas cuando él hubo terminado me dolió, no quería hacerlo. Tampoco pude resistirme. Rodrigo me sonrió y me pasó el brazo por encima de los hombros. Al igual que con su padre, mantuvo en su lugar a mi endeble cuerpo cristalino. Sin él, me hubiera desbaratado sin remedio. Y yo, inútil, no pude brindarle el mismo apoyo por unos cuantos minutos.

Por lo menos, cuando nos despedimos sin hablar, le hice con la mirada una promesa que quién sabe si voy a cumplir: no preocuparme más por cosas que no valgan la pena. Empecé mal. Nunca debí hablarles aquí de Ximena y de mi soledad y de todas esas cosas ajenas a la historia de Rodrigo. No puedo evitarlo, soy de esos que nunca aprenden.

EJERCICIO DE DESCRIPCIÓN

DETRÁS DE NOSOTROS EL RUIDO. Y también detrás una pared de cristal cubierta y protegida por altos barrotes negros. El ruido es el de los coches avanzando y deteniéndose a lo largo de la avenida; la pared es el frente de la cafetería, ¿te acuerdas? La puertita de entrada, situada a la izquierda, era demasiado ancha para el tamaño de todo el local. Junto con nosotros no cabían más de quince personas ahí dentro. Sin embargo, dicha medida en las dimensiones no asfixiaba; al contrario, uno estaba muy a gusto como cuando se está en la sala del hogar.

Sobre las mesas, la barra y el mostrador de madera había servilleteros y contenedores de azúcar de madera. Algunos de ellos estaban desnudos, mientras otros vestían una pálida pintura verde. Pálido también era el color de los banquitos y de una de las paredes, todo en verde y azul. La otra pared, la que estaba a mi derecha (y a tu izquierda), era un hermoso espacio de repisas desordenadas sobre las cuales bailaban las formas y atraían las brillantes portadas. Libros. Ahí, además de café y pan, vendían libros. No llevábamos dinero, nos limitamos a mirar embelesados de manera indiscreta. Enseguida el chico tras la barra adivinó nuestras miradas

y nos alentó a levantarnos y mirar los volúmenes. Quién sabe por qué razón, pero ambos atamos nuestras manos con gruesas cuerdas, nos pusimos grilletes alrededor de los pies y permanecemos inmóviles frente a la mesa. Seguro te arrepentiste, como yo, de haber negado con la cabeza tal oportunidad.

El café no te gustó. Al primer sorbo hiciste un gesto de disgusto y empujaste la blanca tacita lejos de ti con suavidad. Para serte sincero, incluso a mí me pareció que no era tan bueno, mas ese sabor no describía para nada la esencia del lugar, no le hacía justicia. Olía encantador. No sólo el café, sino una gran variedad de pan y hasta el chocolate impregnaban su aroma en cada rinconcito. Al rato llegaron un grupo de mujeres y sus discretos perfumes embellecieron todavía más el fantástico espectáculo sensorial.

Mientras me perdía observándote comenzaste a recorrer con tus delgados dedos la mesa que no tenía nada de interesante. Estás loca, pensé, porque ni siquiera una delicada textura podía experimentarse en tan duro objeto. No estaba bien tallado, no valía la pena tocar.

Comenzó a llover.

Ahora las gotas de lluvia se unían a los automóviles y éstos a la radio recién encendida. Sonaba música de cafetería, de la que no molesta y tampoco intriga.



Da densidad y fondo al ambiente nada más. No sé tú, pero la lluvia desprendió como un olor fresco y verde. Al resbalar por las hojas de los árboles seguramente algo les robaba.

Mientras disfrutabas ver las gotas de agua estrellarse contra el cristal de la pared, yo pasé el tiempo observando el espacio a tu espalda. El mostrador tosco, la cafetera elegante, las bolsitas de café aguardando, los frascos misteriosos, los panes como invitándose, el microondas triste, los vasos transparentes y la figura del dueño del local, perpetuo testigo del momento en que nosotros dos, sin hacer nada especial, compartimos un instante especial. El chico podría haber sido cualquier otro: bajito, cabello negro, sin cosa mejor que hacer aparte de servir café.

Pese a todo, me aburrí pronto de estar ahí y tú también tenías ganas de irte. A decir verdad, no nos importaba mucho mojarnos. Pagamos y caminamos decididos sobre el suelo gris. Bastó cruzar el umbral de la puerta para olvidarnos de todo: la palidez, lo duro, lo bello, lo apetecible, lo que pudimos haber hecho. Corrimos desahorados y juguetones sabiendo que, si bien dejábamos el agua detrás de nosotros, nos esperaba mucha más adelante. Pero al segundo estalló un trueno carnívoro, violento sin comparación, y se llevó consigo algo más



que la tranquilidad y el silencio. Después de eso, como si te hubiera disuelto la maldita lluvia, desapareciste y quizá, junto al agua sucia y fría, te escurriste a las alcantarillas y al mar y al fondo del mundo.

LAS ESCALERAS

BAJO LOS DUROS dedos de un anciano anónimo vibran las cuerdas de un violín desafinado. Desgarra el metal con las estocadas sin ritmo ni gracia del arco que sujeta en la mano como si fuera una esperanza, dejando oír bajo el cielo nocturno una sucesión de chirridos desgastados, doloridos. La gente que sube y baja las escaleras de la estación del metro pasa de largo con una indiferencia que raya la inhumanidad. Se hace del hombre un fantasma y de su violín un silencio que apenas si perturba la continuidad de la vida a las carreras, sin tiempo nunca para nada.

Tan pronto como escucha caer en su gorra unas monedas, el anciano voltea a verme con una mirada que me hace sostener el aliento. Sus ojos, antes imperceptibles de tan sombríos, destellan ahora con la brillantez que nace de la gratitud desmesurada. Aunque no lo digo, siento por él un conmovedor respeto. Pienso que, a cambio de ese violín prisionero entre sus manos inexpertas, podría obtener una buena suma de dinero para poder dejar de trabajar unas semanas. Sin embar-

go, eso le quitaría su magia, su misterio, su posibilidad de mantenerse durante más tiempo y, sobre todo, el violín que quizá sea su único amigo en el mundo.

—Gracias, joven —me dice con una voz que se asemeja a las notas interrumpidas hace apenas un instante. Después vuelven los ojos sombríos y se reanuda el singular ataque hacia las cuerdas.

Aunque recorro el mismo trayecto a la misma hora durante todos los días siguientes, ya nunca más veo al anciano. Me pregunto qué será de él, si acaso seguirá vivo, en dónde habrán quedado su violín, su vida y el vacío que responderá a mis interrogantes. Si pudiera una vez más escuchar aquellas notas desgarradoras, las guardaría con mucho más cuidado en mi memoria. Pero uno nunca sabe cuándo será la última vez que se encuentre con algo que, pasado el tiempo, podría llegar a ser más que un encuentro sin importancia, más que una imagen o un sonido efímeros.

NO ENTIENDEN

UN DESCONTROL TOTAL. Gritos aquí, empujones allá y las risas siempre presentes en estos momentos. En algún lugar del patio vuela una bolsa de chicharrones que terminan desparramados en el suelo. Más allá, dos niños temerarios que juegan a las atrapadas pasan corriendo junto a la dirección. Se escucha una voz cada vez más desesperada: “Niñoos, estense quietos”. Pero esto parece una feria, nadie presta mucha atención. ¿Cómo podríamos hacerlo si han pasado tantas semanas desde que vimos a nuestros mejores amigos? “Estrada, cálmate”, dice la profe Leti. “Rodríguez, no juegues tan pesado con Juan. Rubí, ya deja de platicar tanto”. Pobrecita profe, apenas llega y ya está por perder la cabeza. Para su fortuna, todos los ruidos se detienen una vez que el director toma el micrófono entre sus manos que nos parecen como de un rey o un ángel. Nos ponemos rectos y pronto escuchamos, al tiempo que obedecemos: “distancia por tiempos. Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos, tres”.

Me gusta mucho la escuela. Tiene sus ratos tristes, como cuando Rubén se compró un pez que murió pocas horas después. Nos encariñamos mucho con él,

verlo nadar en su bolsita era un espectáculo maravilloso, sus aletas parecían brillar con cada movimiento... Qué mala suerte la de Rubén. Para colmo, su mamá lo regañó cuando se enteró de lo ocurrido. Además de eso, están los abusos por parte de los más grandes, el hecho de que te quiten el dinero, de no poder comprarte ni un vaso de fruta después. Aun así, yo no me imagino haciendo otra cosa mejor que asistir a clases. En las vacaciones me aburro tanto que me pongo a contar hasta un millón. Por eso los primeros días de cada nuevo curso tengo siempre una sonrisa muy grande a pesar de que ahora se me cayeron dos dientes. Ni modo, a todos les pasa.

Aunque ya pasamos de año, hay muchos rostros familiares en el grupo. Estrada ha sido el más loco desde primero y lo ubican hasta los maestros de Sexto. Yo disfruto cuando me platica acerca de los dinosaurios que conoce y cómo su padre le ha enseñado desde muy chico a jugar béisbol. Es el pícher de un equipo infantil bastante reconocido; ninguno lanza una piedra más lejos que él. En ocasiones me junto con Rubí, pero trato de evitarla la mayor parte del tiempo. No tengo nada en contra suya, sólo que habla tanto que uno nunca termina de escucharla y los profesores regañan a quienes estamos con ella. Juan es muy bueno en Matemáti-

cas, lo que sea de cada quién. Se la pasa ayudando a los compañeros que nomás no pueden con las sumas y las restas básicas. También les hablo a los demás, la verdad es que siempre hemos sido un grupo muy unido y muy relajiento.

Durante los primeros días me he dado cuenta de que hay tres nuevos alumnos entre nosotros. Uno es un niño que viene de Chiapas y habla muy chistoso; otro, el hijo de la señora que hace la limpieza. A menudo tiene hambre, creo que no le ponen sándwich en su mochila ni le dan mucho dinero. Ya le he invitado una mordida de mi manzana, luego anda todo distraído doblado sobre el estómago que ruge de hambre. Me ha dicho que nunca había probado una fruta tan rica. La tercera es una niña tímida de piel de chocolate. Nunca se amarra el cabello porque lo tiene cortito y es como algodón de azúcar. Fue suficiente verla un segundo para pensar que es muy bonita.

A la hora de la salida, como hacemos desde finales del año pasado, jugamos con una botella de plástico en la calle. La niña nueva había estado observándonos todas las tardes hasta que su mamá llegaba por ella, así que se me ocurrió invitarla a jugar hace unas semanas. Ella aceptó, no creí que fuera a hacerlo. Jugó rechistoso, aunque con muchas ganas. A todos nos cayó muy bien y yo creo que le hace bien saberse parte de nuestro grupo.

En casa nunca me han reprochado el gusto que tengo por jugar fútbol y lo hago todo el tiempo. Eso sí: antes que otra cosa termino mi tarea. Jamás he tenido problemas con mis padres, les cumplo en lo que me corresponde. A veces incluso me ayudan con la tarea, pese a los nervios que siento entonces. Don Julián es conocido por ser una persona muy seria y doña Martha, muy terca. Pero yo los quiero a los dos con un cariño sin igual.

Con el paso del tiempo he comenzado a sentir algo de lo que antes me reía: en mi estómago crece eso que dicen se llama amor y los niños no pueden comprender. Entre nosotros, cuando a alguien le gusta uno del salón, le hacemos una burla que para qué les cuento. “A Miguel le gusta Ana, a Miguel le gusta Ana y se casarán mañana”. No son pocas las veces que dos compañeros se agarran a golpes (la última vez, Miguel se fue suspendido tres días por pegarle a Valladares). Así que he decidido mantenerlo en secreto. Me gusta Ivonne, la niña nueva. Últimamente no sé qué ocurre conmigo. Mientras jugamos me distrae esa manera tan graciosa que tiene de correr y pierdo las oportunidades de gol. En clases, si me preguntan cuánto es quince más diecisiete, tengo que esperar a que me salve Juan. La única solución que encuentro es decirle, pero no sé cómo ni cuándo y tengo miedo. He visto a Estrada mandar pape-

litos de “te quiero” a niñas que le gustan, pero nunca ha tenido éxito. Ni siquiera llega a hablarles en persona. A decir verdad, ninguno de nosotros podría dar consejos. Miguel ni siquiera le dijo nada a Ana y eso que ella se veía emocionada. Siempre sucede.

No puedo más, por fin me he decidido. Ayer escribí una carta en vez de salir a practicar dominadas. Me esforcé mucho en ella y creo que no quedó tan mal. Hice la letra lo más derecha que pude y decoré los bordes de la hoja con flores azules. Al final doblé la carta en forma de sobre y la metí a mi mochila para que no se me olvidara. En este momento estamos en clase y me sudan las manos. Sé que no falta mucho para el recreo, porque hemos estado aquí bastante tiempo que, con la impaciencia que tengo, se me ha hecho eterno. Me cuesta trabajo poner atención a la profesora. Meto una y otra vez la mano derecha al bolsillo del suéter, no vaya a ser que la carta desaparezca. Suena el timbre. Me levanto casi temblando. Enseguida se me ocurre una esperanza que disminuye el nerviosismo. Me imagino dándole un besito a Ivonne en sus cachetes de chocolate. O quizá en su boquita de caramelo... qué ideas se me ocurren. Si eso pasara, con seguridad les ganaría a Estrada, a Juan y a Valladares; ellos no han dado su primer beso. Suspiro con resignación ante el sentimiento que me ha arrojado a este instante. Salgo del



salón con un poco más de seguridad. Observo a Ivonne en medio del patio. Me acerco con la timidez que ella tenía los primeros días. En cuanto digo su nombre, voltea y sonríe. Tartamudeo un poco y le extiendo la carta. Ella continúa sonriendo, pero percibo un cambio en su boca. Muestra una sorpresa extraña. Desdobla la hoja con cuidado y la lee en silencio. Termina. Me mira una vez más, ahora con una mueca de disgusto y los ojos un poco fríos, tan diferentes a los de hace unos instantes. Cae la carta al suelo. Se aleja de mí sin siquiera despedirse y, apenas llega con cualquier persona, comienza a conversar como si nada hubiera pasado. Y para mí acaba de pasar todo.

Un descontrol total. Gritos aquí, empujones allá y las risas siempre presentes en estos momentos. En algún lugar del patio vuela una bolsa de chicharrones que terminan desparramados en el suelo. La profesora Leti no puede hacer nada y los niños no se detienen ni cuando el director toma el micrófono entre sus manos. De alguna manera se corrió la voz acerca de la carta que escribí. Entre sollozos, detrás de mis brazos que son lo único que me protege, me pregunto qué tiene de malo lo que hice. Quizá a esto se refieren cuando dicen que los niños no entienden. A mi alrededor escucho todos los ruidos. Me hacen saber que a las niñas no les pueden gustar las niñas y se burlan de mí.



LA DECIMOTERCERA LETRA

AFUERA LLUEVE APENAS. Las gotitas de lluvia golpean con timidez cada techo y cada ventana de la ciudad, hacen pequeños charcos sobre el duro asfalto, se escurren en delgados chorros sobre las paredes de un edificio abandonado. En esta triste tarde cualquiera puede escuchar la monótona brizna como rociada con miedo sobre las cosas, pero hay algo que no puede saber la gente aquí a mi alrededor, pues no se oye ni se siente: a través de mi piel y hacia mi interior se filtra toda el agua que cae ahora en el mundo. Sólo que aquí dentro, en vez de lloviznar, se desata un temporal. No conozco aquella dulce nostalgia casi placentera del agua que acaricia las cosas, me es ajena. En mis entrañas las ráfagas de viento y el violento aguacero barren todo sin consideración, todo eliminan. Nunca me había sentido así.

Si uno recorre con la mirada la totalidad de esta amplia habitación se encontrará con decenas de rostros afligidos y cansados. Algunos de los presentes continúan rompiendo en llanto de vez en cuando, sin tregua, mientras otros no tienen más lágrimas que llorar y se refugian, descompuestos, en los brazos de alguien más



o en el siempre acogedor regazo del sueño. Yo no sé de otro lugar más que este solitario rincón oculto en el fondo de un viejo mueble y nadie quiere mi compañía. Sin embargo, creo que puedo arreglármelas estando así de olvidado. No tengo otra opción.

Desde que llegó el primer pariente lejano, un señor muy viejo apoyado en un bastón y vestido con un impecable traje de luto, seguido de otros tres ancianos igual de solemnes de acuerdo a su edad y apego al difunto, he visto quebrarse a muchas personas, pero no a todos. Ellos mismos, los ancianos, con tanto dolor enterrado en las arrugas y con las articulaciones deshechas, han mantenido un semblante en verdad desolador, mas conservan esa expresión como única señal de lo que sienten en el corazón, no hacen mayor escándalo. Su silencio es su llanto más sincero. Los que no son tan ancianos y los más jóvenes se entregan con menos resistencia a sus pasiones: la muerte los golpea con su martillo implacable y se hacen trizas en el suelo. Ellos no tienen la culpa, también yo siento el impacto tan sólido como esta lluvia que desborda la sangre de mis venas y me ahoga. No obstante, yo no me quiebro. Las grietas que se abren paso en mi cuerpo encuentran siempre una nueva ruta, no terminan jamás. Por esa razón, si me quebrara, nadie sería capaz de juntar los pedazos, no habría manos capaces de sostenerlos ni



fuerza humana para volver a unirlos.

Me gustaría pensar que la muerte de alguien hace ver a las personas cosas que antes no podían ver, pero no es así en todas las ocasiones. Muchos tienen los ojos ciegos, quizá de tanto llorar. Tan pronto como llegan los cuatro hombres encargados de llevarse el ataúd lejos de aquí la multitud se levanta y comienza el triste caminar a través de la puerta. Yo me levanto a la vez y me sitúo justo al lado de aquella lenta fila cuyos integrantes abren los negros paraguas, apenas sienten el agua sobre los hombros. Ninguno me mira siquiera. El señor del bastón sale último e intento acompañarle; se detiene gravemente y amaga un golpe con el pedazo de madera soldado a su mano derecha. Retrocedo con miedo, pero al momento lo miro a los ojos y muevo la cola esperando que me permita pasar. Enseguida la puerta se cierra inexorable, él tampoco me entiende. Al final lo único que me queda es regresar a la sala, acostarme en la alfombra que hasta hace una semana era cálida e imaginar que Manuel aún vive y me acaricia y sonrío jugando conmigo. Adentro lloverá por el resto de mis días.

MISCELÁNEA DE INVENCIONES **BREVES**

de Alejandro Flores Ramírez editado por el Colegio de Ciencias y Humanidades Naucalpan, se terminó de imprimir en diciembre de 2016 en los talleres de Ediciones Corunda, Tlaxcala 19, Col. San Francisco, Delegación Magdalena Contreras, CP 10810, en la CDMX. La edición consta de 1000 ejemplares, se imprimió en papel Cultural de 90 grs. para interiores y cartulina sulfatada de 12 grs. para los forros; en su composición se utilizó la familia tipográfica Crimson Text; la impresión es offset. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Alejandro García y Édgar Mena.

Este libro se publicó gracias al apoyo de la DGAPA, Proyecto Infocab PB 402015





DIRECTORIO

UNAM

Dr. Enrique L. Graue Wiechers

Rector

Dr. Leonardo Lomeli Vanegas

Secretario General

Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez

Secretario Administrativo

Dr. Alberto Ken Oyama Nakagawa

Secretario de Desarrollo Institucional

Dr. César Iván Astudillo Reyes

Secretario de Servicios a la Comunidad Universitaria

Dra. Mónica González Contró

Abogada General

Mtro. Nestor Enrique Martínez Cristo

Director General de Comunicación Social

CCH

Dr. Jesús Salinas Herrera

Director General

CCH NAUCALPAN

Dr. Benjamin Barajas Sánchez

Director

Mtro. Ciro Plata Monroy

Secretario General

Mtro. Keshava Quintanar Cano

Secretario Administrativo

Ing. Reyes Hugo Torres Merino

Secretario Académico

Mtra. Lilia Olivia Muñoz Barrueta

Secretaria Docente

Biol. Guadalupe Mendiola Ruiz

Secretaria de Servicios Estudiantiles

Biól. Gustavo Alejandro Corona Santoyo

Secretario Técnico del Siladin

Lic. Fernando Velázquez Gallo

Secretario de Cómputo y Apoyo al Aprendizaje

C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez

Secretaria de Administración Escolar

Lic. Rebeca Rosado Rostro

Jefa de la Unidad de Planeación

Lic. Laura Margarita Bernardino Hernández

Jefa del Depto. de Comunicación

Lic. María Eugenia Ortiz Luna

Jefa de Depto. de Impresiones



